

Lenguaje, creación y realidad

(Aspectos ficcionales del texto informativo)*

Juan Pedro Gómez
Universidad Católica de Murcia

I

No cabe duda de que el lenguaje es una parte más, aunque muy importante, de la actividad simbólica del hombre. A través del lenguaje, como instrumento de comunicación, conceptualizamos el mundo, lo simbolizamos y, en un proceso recursivo, lo ponemos a disposición de nuestra propia conciencia.

El lenguaje es un medio destinado a la creación —a la *poiesis*— y a la expresión en su sentido más amplio, ya que más allá o más acá de la necesidad de comunicación interpersonal, hay una real necesidad de expresión de sentimientos y pensamientos.

Sin embargo, a la hora de simbolizar, el momento inicial del proceso lingüístico es muy distinto. Acierta Eco al decir que la práctica continua de la semiótica es una respuesta plural a acontecimientos comunicativos concretos¹. Desde antiguo, ya Aristóteles lo planteó en su oposición *Poética-Retórica*, se ha dado un claro enfrentamiento, a veces sólo un apasionada defensa de

intereses particulares, entre lo creativo, *bien dicho y hermosamente expuesto*, y la recta expresión de la práctica comunicativa. Así, prontamente lo literario se opone a lo gramatical (más tarde, a lo “lingüístico”). Pero, el paso del tiempo, la finura analítica y la precisión llevan al final a una constatación de la imposibilidad de definir *lo literario* por contraste con lo *normal-habitual-comunicativo*. Quizás sería más adecuada la aproximación a lo que podría denominarse *literariedad* de la lengua. Como bien expone Castagnino², el rasgo clave de la manifestación literaria es el “conjunto de sistemas concatenados de los que emerge la estructura fundamental que sostiene la resultante literaria; que concierne a la suprarrealidad de instalación mental y dimensión temporal, realidad aparencial: o sea la “literaturidad”, lo literario propiamente dicho, nacidos en la concurrencia del tercer rasgo: la lengua literaria, donde se juegan los valores de la palabra sugestiva”.

Indudablemente, la literatura es “creación lingüística” (crear = *ποιεω* > *poesía*), “arte de la apariencia”, siempre sugerido/a por la palabra, forma de proyección y de recreación.

*Texto publicado en *Sphera Pública*, Rev. Ciencias Sociales y de la Comunicación, Servicio de Publicaciones de la Universidad Católica de Murcia, España, pp. 65-85.

¹Cfr. Eco, U. (1973): *Signo*, Labor, Barcelona, 1988, págs. 190-191.

²Castagnino, R. (1974): *¿Qué es literatura?*, Nova, Buenos Aires, págs. 27-28.

Pero cualquier tipo de aproximación científica a la realidad de la lengua poética debe partir de la idea de que el fenómeno literario es ante todo un hecho de lengua. Y la lengua normal participa de las mismas propiedades que la literaria. Por otra parte, ¿en dónde se encuentra la riqueza creativa de la lengua? ¿en la calle, en las aulas, en las universidades? ¿Es más rico el libro creativo o la conversación desenfadada en los bares y locales de diversión? Parece que no se trata tanto de una contestación reduccionista como de una constatación de la potencia de las posibilidades creativas de la lengua natural. En un autobús de pasajeros, que hace la ruta costera de la región murciana, un pescador de la zona, hablando de pesca y de su trabajo diario con el conductor del autobús, le decía sin ninguna intención poética: “... *es que, cuando la luna se duerme, la mar se calla*”. ¡Qué maravilla! Sin embargo, no había intencionalidad; era un texto, para la fuente y para el destinatario, absolutamente trivial y efectivamente referencial. Sólo el alejamiento del contexto habitual de la profesión pesquera, del ambiente marineroy de la flexibilidad expresiva dentro del campo semántico específico, podía justificar la extrañeza del testigo ajeno al ambiente topológico y cultural de los dialogantes.

No puede resultar extraño que los más disciplinados escritores, los más perfectos malabaristas de la expresión literaria, sean, en realidad, espléndidos conocedores de la lengua y de sus posibilidades, ya sea dentro del sistema o en los límites del mismo, como ya han podido demostrar sobradamente autores clásicos del nivel de un Shakespeare, en la lengua anglosajona, o de un Cervantes o Quevedo, en la lengua castellana.

Junto a la intencionalidad creativa que puede rastrearse en el texto literario, los elementos lingüísticos que lo conforman son los mismos que los del texto de comunicación normal; pero en el caso literario esto se da con un *plus* de intensificación en los recursos formales y semánticos y con una estructuración o disposición de los constituyentes lingüísticos algo distinta. Desplazamientos de escuela, de estilo y de género, condicionan la *literariedad* y la “existencia real” de ese que se denomina *lenguaje literario o poético*. Querer cargar de magia, hechizo, maravilla y sensibilidad desbordante el lenguaje literario no es más que distorsionar y tornar opaco el conjunto estructural del armazón lingüístico que lo sustenta y las relaciones dependientes y jerárquicas de sus constituyentes. Nada tiene que ver la realidad de la rosa, su olor y color, con su tratamiento connotativo, con la recreación simbólica del lenguaje y su potenciación y transmisión a las esferas semánticas más profundas: “*Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus*”³.

González Muela, comienza su obra *Gramática de la poesía* haciendo referencia a Stankiewicz y a sus dimensiones de la lengua, incidiendo en que la creación literaria surge dentro de una tradición. Semántica y metalingüística están ligadas al tratamiento y entendimiento de los asuntos, pero, indudablemente, la forma y el contenido son inseparables, y el lingüista puede operar en el campo de la primera. “Además, los mismos temas imponen restricciones (los diferentes géneros literarios), como también lo hacen las figuras y los tropos, la rima y otros

³Eco, U. (1980): *El nombre de la rosa*, Lumen, Barcelona, 1983, pág. 607.

trucos literarios, que limitan la arbitrariedad del signo y dejan a éste un tanto motivado, usando terminología saussureana”⁴.

Otro asunto es la relación del lenguaje con la realidad. Evidentemente, el lenguaje es capaz de darnos una traducción de eso que llamamos realidad, un tratamiento *falsado* que camufla unos aspectos y realza otros. Además, el lenguaje permite la creación de nuevos mundos sometidos a la verbalización.

Diversos criterios se enfrentan en la relación establecida entre *palabra* → *concepto* → *cosa*. En ocasiones, como sucede con el triángulo semántico de Ogden y Richards, la definición de “concepto” es tan difícil como la de la “cosa” a la que la tradición se refiere. Y, por otra parte, no hay nada que garantice que el concepto formulado por mí sea el mismo, en la misma situación de referencia, que el de otras personas. Para los autores conductistas, sea el caso de Bloomfield⁵, el significado es algo que sólo se puede deducir de una situación en la que se produce un estímulo y solicita una respuesta. Pero lo que resulta de primordial importancia son las relaciones de sentido y referencia, por medio de las cuales se puede explicar cómo el lenguaje establece divisiones que no existen en la realidad. La verbalización del mundo se enfrenta, entonces, a la existencia verbal de la ficción.

La indagación sobre la ficción ocupa la totalidad del dominio teórico contemporáneo. Anuladas las exigencias de “verdad”, la ficción es una propuesta siempre particular. “La ficcionalidad es pues un sistema de representación que propone su lógica de

mundo posible sujeta a la clase institucionalizada de discursos que forman el sistema de comunicación literaria”⁶.

La ruptura de la norma, los desplazamientos de significación y las renovaciones del sentido son aspectos de la naturaleza creativa de la lengua. La competencia del autor permite el afinamiento de los recursos de la lengua —de su lengua concreta— y su re-emprego en el texto de creación literaria. De tal modo que no será lo mismo plasmar la objetividad ficcional de una descripción o de una narración con los medios y recursos aportados por la lengua latina que por la lengua castellana o la lengua francesa. Al margen de la subjetividad y del encanto mágico-poético, la realidad sistémica del lenguaje y de las lenguas en particular determina las posibilidades de uso y de abuso, de expresión normativa y desplazamientos respecto a la norma, siempre dentro de un margen de reconocimiento, de nuevo reconocimiento significativo, por parte de un receptor que no renuncia al sentido, que lo persigue y lo salva dentro de las exigencias de la coherencia textual, facilitadas por los mecanismos de cohesión superficial de la lengua en cuestión, justificándose la función poética “quevediana” del “*polvo serán, mas polvo enamorado*”, o la “valéryniana” de “*ce toit tranquille, où marchent des colombes*”, que al someterse a la traducción se contraen o expanden violentamente, en mayor o menor grado, pero, en todo caso, denunciando la violación del sistema, la sustitución de las licencias y posibilidades creativas de un sistema por las de otro.

⁴González Muela, J. (1976): *Gramática de la poesía*, Planeta, Barcelona, pág. 15-16.

⁵Bloomfield, L. (1933): *Language*, Rinehart & Winston, New York.

⁶Pozuelo Yvancos, J. M^a (1993): *Poética de la ficción*, Síntesis, Madrid, pág. 98.

II

De alguna manera, la construcción textual conlleva siempre ficción en mayor o en menor medida, y esa ficción actúa de forma prominente en la configuración de mundos o de representaciones microcósmicas.

Al idiolecto particular, fruto de una competencia comunicativa concreta, corresponde una textualización única y específica que, sin embargo, goza de aspectos comunes con las múltiples manifestaciones textuales de la lengua en que se comunica.

La *Weltanschauung* preconizada por Humboldt es tan moldeable y vigorosa que su representación lingüística llega a identificarse con el pensamiento, a pesar de no ser esa representación más que un disfraz de tipo formal o superficial. Wittgenstein, con su proverbial capacidad ilustrativa, nos dice: “El lenguaje disfraza el pensamiento. Y de tal modo, que por la forma externa del vestido no es posible concluir acerca de la forma del pensamiento disfrazado; porque la forma externa del vestido está construida con un fin completamente distinto que el de permitir reconocer la forma del cuerpo”⁷. Indudablemente, esta representación comunicativa, que se puede denominar *mensaje exterior*, es respecto al *mensaje interior*, “un conjunto de disparadores de estímulo y de técnica decodificadora”⁸.

Informar, reforzar normas sociales, prestigiar, disminuir la función crítica y la acción, interpretar, transmitir cultura y entre-

⁷Wittgenstein, L. (1973): *Tractatus Logico-Philosophicus*, Alianza, Madrid, 1984, pág. 69.

⁸Hofstadter, D. R. (1979): *Gödel, Escher, Bach: Un Eterno y Grácil Bucle*, Tusquets, Barcelona, 1987-89 (3ª ed.). págs. 183-190.

tener son funciones comunicativas⁹ evidentes, y en todo caso ampliables, que se configuran y refuerzan con formas sugestivas de apariencia verosímil. La ficción de la “literaturidad” no es sólo una concesión literaria en sentido estricto, sino que es una propiedad que se adhiere a la expresión lingüística de muy distintas manifestaciones textuales, cual es el caso de la información periodística.

Con finura interpretativa, Dijk, hablando de la noticia periodística, aclara que “la noticia no se caracteriza como una imagen de la realidad, que puede ser correcta o deformada, sino como un marco a través del cual se construye rutinariamente el mundo social”¹⁰. La realidad y su imagen quedan desligadas en favor de la anulación del binomio “*adecuación-inadecuación*”. Un nuevo concepto tubular, con valor sémico de *tránsito*, otorga sentido a la conformación social de un universo siempre fugaz, pero prototípico de la estanqueidad sincrónica que representa.

Añade Dijk que “las informaciones periodísticas deben prescribir necesariamente las opiniones concretas de los lectores. Más bien son la forma principal del discurso público que proporciona la proyección general de modelos sociales, políticos, culturales y económicos de los acontecimientos sociales, así como el conocimiento omnipresente dominante y las estructuras conductuales que convierten en inteligibles a estos modelos”¹¹. Y sigue opinando con certera perspicacia:

⁹Lucas, A. : *Hacia una teoría de la comunicación de masas*, Madrid, 1976.

¹⁰Dijk, T. A. van (1980): *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1990, pág. 22.

¹¹Ibíd., pág. 259.

“Las estructuras de las informaciones periodísticas condicionan en muchos niveles a los lectores para que desarrollen esos marcos interpretativos y no los alternativos, que utilizan otros objetivos, normas, valores e ideologías para proporcionar conainterpretaciones de los acontecimientos informativos”.¹²

La información¹³, fuera de su entorno espacio-temporal concreto, descontextualizada, se enquista y se torna quebradiza en los procesos desambiguadores de sentido e intencionalidad emisora. En estas circunstancias, géneros específicos, como la noticia, en su valor tipológico menos restrictivo, requieren el tratamiento hermenéutico y la interpretación historiográfica-lingüística, entrando de lleno en otra manifestación ficcional, abocada a la representación aristotélica de lo verosímil. Si la historia se perfila como una reflexión sobre lo particular, la tarea historiográfica tiende a lo general y a lo común, con un interés manifiesto por lo *previsible*, por lo sometido a la regulación de leyes y normas, por más que éstas puedan ser de carácter retórico o poético. Sin embargo, tal camino no es absoluto ni estrictamente necesario, por lo que no es de extrañar que muchas veces se opte por regularidades muy débiles, llenas de excepciones y particularidades.

¹²Ídem.

¹³Entendemos por información y por informativo en este trabajo, al texto, hipertexto (en su sentido semiótico y no informático-computacional) y microtexto de carácter periodístico con vocación de originalidad; la información concebida como imprevisibilidad del efecto sorpresa en un comunicado, por más que su representación genérica sea en forma de noticia, artículo, columna, etc., y que su medio de transmisión sea el periódico, la radio o la televisión.

Incluso con anterioridad a que llegara a su fin el siglo XIX, G. Monod (1896)¹⁴ escribía con una firmeza sorprendente sobre los hechos históricos, comparándolos a la espuma superficial y evanescente de marejadas profundas correspondientes a la verdadera realidad histórica.

Y respecto a la *opacidad* de los hechos, Ferrando y Nicolás añaden:

“La tasca d’historiar no es pot reduir a la contarella de coses pretèrites. Ha d’haver-hi quelcom més. I aquest quelcom més l’aporta l’investigador, que parteix d’un conjunt de conviccions, de creences i interessos presents i d’una certa tècnica de lectura i un mètode per a relacionar fets i idees. Amb el mètode supererà l’*opacitat* dels fets eixuts i podrà interpretar-los d’acord amb uns esquemes explicatius, basats, sobretot, en les relacions de causa-efecte.”¹⁵

Desde otra perspectiva, y siguiendo los postulados de Davidson reformulados e interpretados por Rorty, se podría admitir que “tendemos a coincidir en teorías momentáneas”. La coincidencia en teorías momentáneas de una expresión a otra entre el productor y el destinatario de los comunicados es todo lo que se necesita. El lenguaje queda ahora fuera de juego como tercer elemento interpuesto entre la realidad y el *yo* receptor. “Una teoría así es “momentánea” porque

¹⁴Sobre la renovación historiográfica cfr. G. Monod, en *Revue Historique* 61, 1896, págs. 322-327; y Ch. V. Langlois y Charles Seignobos: *Introducción a los estudios históricos*, pág. 283, ed. de La Habana, 1965, cit. por Juan José Carreras: “Ventura del positivismo”, *Idearium* 1, 1992, págs. 13-21.

¹⁵Ferrando, A. y Nicolás, M. (1993): *Panorama d’història de la llengua*, Tàndem, València, pág. 15.

deberá corregírsela constantemente para dar cabida a murmullos, desatinos, impropiedades, metáforas, tics, accesos, síntomas psicóticos, notoria estupidez, golpes de genio y cosas semejantes”¹⁶. Según la interpretación de Rorty, tanto Davidson como Ryle son conductistas no reduccionistas; los dos están diciendo: “concíbese el término “mente” o el término “lenguaje”, no como la denominación de un medio entre el yo y la realidad, sino simplemente como una señal que indica que es deseable emplear cierto léxico cuando se intenta hacer frente a ciertas especies de organismos”¹⁷.

Si *informar* significa “dar forma”, inmediatamente hay que responder a un *qué* o en su caso a un *quién*. Wiener afirma: “Damos el nombre de información al contenido de lo que es objeto de intercambio con el mundo externo, mientras nos ajustamos a él y hacemos que se acomode a nosotros. El proceso de recibir y utilizar información, consiste en ajustarnos a las contingencias de nuestro medio y vivir de manera efectiva dentro de él... Vivir de manera efectiva significa poseer la información adecuada. Así, pues, la comunicación y la regulación constituyen la esencia de la vida interior del hombre tanto como de su vida social”¹⁸. Obviamente, la producción de información conlleva un productor determinado o unos productores concretos, y la organización de las masas receptoras deviene de la organización impuesta y seriada de prototipos de ficción. Claro está que una información-organizadora-absoluta es prácticamente imposible, ya que consti-

tuiría una sociedad formada por verdaderos autómatas¹⁹. Ante tal posibilidad, la sociedad siempre responde con los estereotipos y variables de sus propias contradicciones internas. En esta situación, la lengua huye del reduccionismo y del expansionismo, manifestándose como *instrumento más o menos adecuado, más o menos eficaz*, respecto a las distintas posibilidades textuales.

La *eficacia* es la condición primordial en cualquier situación comunicativa, ya sea una eficacia de carácter comunicativo inmediato o una eficacia mediata al servicio de la fruición poética. En todo caso, una eficacia garantizadora de la coherencia textual en el marco discursivo y en el escenario semasiológico de la recepción.

Ramón Almela, tras llevar a cabo un estudio sobre la columna y el editorial periodísticos, concluye, teniendo en cuenta los parámetros de la adjetivación, la actualidad y la modalidad, que “el influjo sobre el mundo puede ser de compromiso o de imaginación. Los editoriales están más cerca del compromiso; las columnas lo están de la imaginación”²⁰. Por supuesto que entre el editorial y la columna hay toda una gama de manifestaciones periodísticas, y que los textos correspondientes pueden gozar de factores conducentes al compromiso o al desarrollo de la imaginación. De una manera genérica, sin recurrir a ningún cuadro tipológico, la yuxtaposición de ambas posibilidades no es extraña ni excluyente. Muy por el contrario,

¹⁶Rorty, R. (1991): *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona, pág. 34.

¹⁷Ibíd., pág. 35.

¹⁸Cfr. Wiener, N. (1969): *Cibernética y Sociedad*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, pág. 18.

¹⁹Cfr. Prieto Castillo, D. (1980): *Discurso autoritario y comunicación alternativa*, Edicol, México, 1981, pág. 37.

²⁰Almela, R. (1998): “Columna y editorial: dos tipos de textos periodísticos”, en *Estudios de Lingüística Textual. Homenaje al Profesor Muñoz Cortés*, Universidad de Murcia, pág. 53.

el factor imaginativo puede colmar semánticamente las texturas comprometidas y tener una apariencia descarnadamente realista.

Las ideas individuales y sociales no pueden sobrevivir si no es incorporadas a un sistema que se autoorganiza y autodefende. Edgar Morin define perfectamente el sistema de ideas: “un sistema de ideas posee cierto número de caracteres auto-eco-reorganizadores que aseguran su integridad, su identidad, su autonomía, su perpetuación; le permiten metabolizar, transformar y asimilar los datos empíricos que dependen de su competencia; se reproduce a través de los espíritus/cerebros en las condiciones socioculturales que le resultan favorables. Puede tomar la suficiente consistencia y potencia como para retroactuar sobre los espíritus humanos y sojuzgarlos”.²¹

La autorrealización hegeliana de la idea, el arquetipo jungiano del inconsciente colectivo y la *suprarrealidad* estructuralista del símbolo, se elevan sobre la persona, se encaraman en el complejo social y retroactúan conformando macroestructuras lingüísticas y entramados lógico-matemáticos. La manifestación del “*tercer mundo*” de Popper, como producto de la actividad humana, y al mismo tiempo dotado de autonomía y realidad propia²², se hace patente de forma irremediable en la realidad del lenguaje, que permite la comunicación y el juego dialéctico de esos integrantes de la noosfera.

El carácter biológico del lenguaje, corporeizador, productor y regenerador de las ideas, le lleva a que cada lengua absorba, *parasíticamente* o *vampiricamente* cualquier tipo de manifestación

individual, familiar, histórica y social. El enriquecimiento de la lengua es utilitario y poético al mismo tiempo. Al margen de la elaboración tipológica consciente, reducida y controlada, en la generación habitual de mensajes las intencionalidades y los sentidos textuales se encabalgan a la manera de ondas en continua interferencia, que sólo se clarifican e independizan dependiendo de su ubicación en contextos concretos. Así, la creatividad individual o la aportación lingüística inesperada más que enajenar provoca la generación de círculos virtuosos que abren las puertas a sentidos inéditos hasta ese momento desconocidos por el intérprete.

Las posibilidades imaginativas del lenguaje natural, siempre superiores a las del lenguaje formalizado, se establecen en un juego de tensiones creativas, unas veces fruto de la consciencia cultural del hablante y otras producto del inconsciente o de la mera contingencia.

III

La construcción o versión de la realidad, tal como la concibe periodísticamente Gaye Tuchman²³, se resuelve siempre en fingimiento, se elabora como una ficción literaria íntimamente ligada a los sucesos cotidianos; sucesos que interactúan con los fingimientos semióticos —y desde otra perspectiva también reales— de esa misma realidad.

De alguna forma (?), la realidad no existe más que en la medida en que es ordenada en una textura compleja de comunicación y surge como comunicado encarnado en texto, ya sea éste de carácter oral o escrito.

²¹Morin, E. (1991): *El Método. Las Ideas*, Cátedra, Madrid, 1992, pág. 141.

²²Cfr. Popper, K. & Eccles, J. C. (1977): *The Self and its Brain*, New York, Springer-Verlag, pág. 159.

²³Cfr. Tuchman, G. (1978): *Making News. A study in the construction of Reality*, Free Press, New York.

Desde la plataforma social de recepción, la verdad o falsedad del mensaje no es tan importante ni pertinente cuanto lo es su verosimilitud. La credibilidad del texto debe responder a una coherencia interna y a una lógica narrativa externa. El suceso es reescrito por un intérprete-enunciador condicionado por presupuestos corroborados o por apreciaciones y sospechas no constatadas. El condicionamiento ideológico, filosófico, político, económico o religioso, cultural en suma del productor, motiva la estructura y disposición de la hechura textual, pero siempre dependiendo de las exigencias subrepticias del receptor; exigencias libres o exigencias emanadas de un procedimiento de retroalimentación.

El caso Watergate, la Guerra del Golfo, el caso Clinton-Lewinsky, el caso Lady Di, el caso Marey (Barrionuevo-Vera), son hitos referenciales en la concepción cultural de un momento histórico concreto. Noticias, comentarios y artículos sobre estos y otros temas de interés actúan como *constructos* semióticos, artefactos instauradores o destructores de mitos, que van más allá de lo puramente simbólico y referencial para zambullirse en la pura innovación semántica. El receptor dispondrá de toda una serie de puntos referenciales, como nombres, espacios, fechas y acciones menores, que le servirán para no perderse en la maraña informativa, pero su deseo previo de novedad, de noticia, de información, le llevará a adoptar una postura receptiva favorecedora del objeto fin-gido.

El “no me lo puedo creer” del receptor no suele pasar de una exclamación trivial sin más trascendencia. Incluso suele ser un amable reconocimiento a la factura estimulante del texto. Por otra parte, cuando el “no me

lo puedo creer” se carga de dureza, suspicacia o desconfianza, entonces las posibilidades de respuesta textual pueden llegar a establecer un estado prototípico de la cuestión que, más que identificarse con una realidad preexistente o distorsionar esa misma realidad, la reconstruye y fija, rescatándola de la nada informativa y otorgándole estatuto existencial. La fugacidad de los comunicados periodísticos y su evanescencia natural suelen provocar la fijación acrílica e irrevocable, con la asimilación de marcos interpretativos férreos.

Desde el *reporting* al *editing*, pasando por el *writing*, el amplio espectro del relato periodístico se configura en vertientes de información, opinión y propaganda, con puntos de atracción difusos e interrelacionados, pero, en todo caso, con una cohesión interna muy vigorosa.

Evidentemente, la posibilidad de *retorno* y la calidad de ese *retorno* determinan el grado aceptable de comunicación. La información es comunicación; pero no es toda ni la más deseable comunicación.

Con referencia a la exposición del profesor E. Ramón Trives sobre el comportamiento nexual que contribuye a la creación del sentido del texto²⁴, y a la dinámica del epísema, Martínez Arnaldos apunta: “Es una confrontación y conjunción, a la vez, entre lo

²⁴Estanislao Ramón Trives, en su libro *Estudios sintáctico-semánticos del español I. La dinámica interoracional*, Godoy, Murcia, dice: “Los nexos contribuyen a dar cuerpo al reto que el lenguaje textual se plantea de ser auténtico creador de sentido. El texto, en su vocación de decir pleno, rehuye la polisemia virtual de las lenguas naturales sobre la base de la condición iterativa del estatuto clasemático de las piezas lingüísticas textualizadas, enristradas o sintagmatizadas por la fuerza de las piezas nexuales, fundamentalmente.” (Págs. 184-185).

sémico y episémico. Lo sémico condiciona al sistema, a la estructura y al código, que consiguientemente determina una estructura narrativa y textual, encorsetando un sentido manifiesto y una linealidad de la historia o de la intriga. Mientras que lo episémico tiende a romper, a desarticular tal estructura desde la *negatividad* o globalidad general que lo acerca a *otra* lógica, a *otra* lengua, a *otro* código que determina *otro* mensaje, a lo mítico y generalizado, al discurso inconsciente”.²⁵

De este modo, lo inconsciente, las evidencias ocultas y lo paradigmático, en su sentido más psico-sociológico, se intensifican y autoimponen como esquemas fundamentales de cualquier sistema noológico.

En general, los cambios textuales suaves y paulatinos, aquellos que mantienen la constante de un hilo conductor entre los campos conceptuales más significativos del eje temático, suelen asentar el conocimiento de la realidad cotidiana, dando una sensación especular de esa realidad considerada exterior.

La creatividad textual resulta de la complejidad y de la adaptación de los enunciados lingüísticos a las condiciones del contexto; adaptación que no contempla la codificación simbólica previa. Desde el mirador cartesiano-chomskyano, el contexto no podrá nunca vaticinar la forma que adoptará el texto²⁶. Por otra parte, los cambios textuales bruscos o catastróficos producen impresiones emotivas mucho más intensas que arraigan perdurando en el tiempo.

²⁵Martínez Arnaldos, M. (1990): *Lenguaje, texto y mass-media. Aproximación a una encrucijada*, Universidad de Murcia, pág. 173.

²⁶Cfr. los planteamientos de D’Agostino y Chomsky en la clara exposición de E. Bernárdez (1995): *Teoría y Epistemología del Texto*, Cátedra, Madrid, págs. 62-63.

Con todo, ya sea el cambio suave o catastrófico, la propia fugacidad de textos tan específicos como los periodísticos, hace que lo imprevisible del texto coincida en un bucle de ida-y-vuelta con lo imprevisible de la realidad referencial, y que lo constatable y saliente del texto no sea otra cosa que la propia realidad fingida por la lengua que la expone, la ordena, la cataloga, la transmite y la valora.

La complejidad del objeto textual requiere métodos de expresión que aprecien lo cualitativamente nuevo.

Aparentemente, la ciencia y la información parecen coincidir en sus trayectos particulares al pretender una meta común basada en el descubrimiento del misterio. La ciencia desvela y da razones, la información aporta nuevos datos que pueden llegar a configurar conocimiento, pero ambas fuentes de conocimiento, que por otra parte no son excluyentes y mantienen relaciones de inclusión y dependencia, insisten en su propio fingimiento para poder desintegrar el engaño natural, la frustración de lo efímero, el caos de lo ingobernable por impredecible.

Desde una perspectiva historiográfica muy amplia y reduccionista, por exigencias ejemplificadoras y dando saltos en el tiempo, se puede observar que al feliz estatismo de aqueos y jonios, que se ve alterado por la invasión de los dorios, le sigue un período de oscurantismo de cuatro siglos que sume a Grecia en un paréntesis inestable; pero será éste un oscurantismo en el que se generen las bases que propicien la posterior y brillante cultura griega. Al equilibrio luminoso del Renacimiento —que durará sólo hasta el año 1520— le sigue la crisis desestabilizadora y profundamente creativa del Mannerismo, fundamento cultural de una con-

cepción compleja y barroca de la vida. La *Belle Époque* europea de principios del siglo XX se caracterizará por una *joie de vivre* que se verá quebrantada en 1914 con la Primera Guerra Mundial, y enmascarada más tarde por un arte decorativo sustituto de la vitalidad modernista.

Después de todas estas circunstancias de crisis y cambios, siempre y en todo momento, se recurre a la recuperación del mito, se necesita un argumento estable y socialmente reconocido que permita encarnar nuevas laxitudes y, en todo caso, nuevas catástrofes con guías de predicción.

La creatividad informativa, al margen de sus repercusiones y valoraciones sociales, es la única forma de fijar el fluir desbordante de la realidad sensible.

En la plataforma etnográfica, el uso de la lengua es mucho más importante que la estructura de la misma, siendo la comunidad lingüística el objetivo primordial. La palabra como actividad social, el sentido en su contexto, el uso de la lengua y su situación discursiva clarifican las bases teóricas de la comunicación²⁷. Como microsociología del lenguaje ordinario, la etnografía de la comunicación “se esfuerza por descubrir lo que esconden los sobreentendidos, las insinuaciones, lo que no se dice en las comunicaciones sociales; trata de poner de relieve la naturaleza de las relaciones interpersonales pasando por un fino tamiz los mecanismos más minuciosos de la palabra”²⁸. Quizás este

²⁷Cfr. Hymes, D. (1974): “Anthropology and Sociology”, en *Current Trends in Linguistics*, Sebeok Ed., vol. 12, *Linguistics and Adjacent Sciences*, The Hague-Mouton; Gumperz, J. (1982): *Discourse Strategies*, Cambridge University Press.

²⁸Baylon Ch. & Mignot, X. : (1994): *La Comunicación*, Cátedra, Madrid, págs. 267-268.

punto de vista sea el más acertado en la miscelánea de las comunicaciones sociales, *societales*²⁹, propagandísticas, políticas y gubernamentales.

En semiología de la comunicación, antes de llegar al pragmático “*hacer hacer*” hay que haber pasado por el establecimiento de un “*hacer saber*”. Esta actividad, llevada hasta el extremo por los medios de comunicación, alcanza en la actualidad tales proporciones que amenaza con su propia anulación. El basurero semiótico en el que está inmersa la sociedad actual impide la lectura limpia y la libre interpretación. Se ha perdido la perspectiva originaria de las cosas, si es que existió en algún momento es perspectiva, y, eso sí, la información se ha convertido en una representación fingida o teatral, y en todo caso recreativa del mundo que se desenvuelve en ella.

IV

Parece claro que el arte y la técnica de la comunicación³⁰ se dedican con insistencia a la creación y descripción de sucesos, jugando con conceptos tales como la vaciedad, la trivialidad, la frivolidad y la confusión. El perfil inquietante de la productividad original se suaviza cada vez más con la previsión de los cambios catastróficos. La pureza tipológica es sólo una utopía deseable en el

²⁹La expresión “comunicación *societal*” utiliza un término neológico de origen canadiense. Se diferencia de la comunicación social en que concierne más directamente a los temas de sociedad y favorece la concienciación social en temas de transcendencia manifiesta.

³⁰Aquí el término *arte* hace referencia a su sentido clásico, más apropiado que el término *ciencia* tal como se entiende hoy, en su acepción restrictiva y no en su extensión amplia de *episteme*.

horizonte analítico y teórico, dada su economía descriptiva y su equilibrio estructural; una apetecible geometrización resuelta en el marco ideal de las formas simples y de las estructuras prototípicas. Sin embargo, junto a la estabilidad de los distintos tipos de textos, considerados como partes integrantes de una tipología necesaria³¹, se dan las inserciones de otras clases textuales puestas al servicio de finalidades parciales, ya sea de forma autosuficiente o como complementos de una configuración global. No resulta, por tanto, extraño que un género como el artículo periodístico sea portador de informaciones y de estructuras textuales informativas, cuando la caracterización peculiar se basa en la adición del dictamen, juicio u opinión. Tales aportaciones, novedosas para el receptor, pueden encarnarse en formaciones fingidas que persiguen establecer un orden creativo en el proceso azaroso del día a día.

Así, el periodista Arturo Pérez-Reverte, en un artículo aparecido en el suplemento *El Semanal*, escribe:

“Todo eso, como debe hacer cualquier jo-

³¹“La consideración de los distintos *tipos* de textos es una presuposición necesaria de la condición o naturaleza unitaria de los textos. Dado el hecho de que los textos son unidades manifestativas, expresivo-comunicativas, éstos presuponen la existencia de una tipología, según la cual se puede hablar de distintos tipos textuales que han hecho posible la manifestación expresivo-comunicativa”, E. Ramón Trives (1998): “Mecanismos de referenciación y tipología textual”, en *Estudios de Lingüística Textual. Homenaje al Profesor Muñoz Cortés*, Universidad de Murcia, pág. 402. Respecto a los problemas existentes entre *tipos de textos* y *clases de textos*, y la pertinencia electiva mientras no se diseña un marco tipológico del texto, véase Gómez, J. P. (1993): “Aspectos tipológicos del texto instructivo (A propósito del prospecto para medicamento de uso humano)”, en *Estudios de Lingüística*, Universidad de Alicante, n° 9, págs. 183-204.

ven responsable que se respete —y la respete a ella, Pepe—, esperando con paciencia, continencia y templanza el día, sin duda próximo, en que Mari Juli termine los estudios y encuentre un trabajo de abogada o de top model, y tú ya no estés alternando el paro con la moto de mensaka sino de presidente de Argentina, y podáis comprar una casa y un Beuve y una barbacoa para los domingos y una cama enorme.”³²

En esta ocasión, y aunque parezca obvio y redundante, el articulista está diciendo lo que quiere y lo que puede decir. Su lenguaje no actúa con la asepsia de un intermediario referencial, sino que se manifiesta como la forma más adecuada de exponer su apreciación vital respecto a otra forma lingüística de habla personal. El sentido último del texto depende ahora de la interpretación del receptor, que evaluará la efectividad del texto dependiendo de la eficacia del mismo respecto a sus capacidades culturales y experienciales concretas.

Al fluir más o menos azaroso de eso que solemos denominar *hechos* se impone la ordenación informativa con la contradicción interna de su propio caos creativo.

Al margen de la ironía que inunda el fragmento, encontramos en el mismo los nombres propios de unos personajes prototípicos y el planteamiento prospectivo de lo que se podría llamar una estandarización de la estabilidad familiar y, por ende, social. La ficción del texto supone la *culminación de los estudios* de Mari Juli y que ésta encuentre *trabajo de abogada o de top model*. Una

³²En Pérez-Reverte, A. (1998): “Pepe, los obispos y el Sida”, Suplemento *El Semanal*, n° 567, pág. 6.

construcción de este tipo supone el fingimiento de una equiparación y una correspondencia allí donde hay gradación experiencial. Ni el trabajo de “abogada” es semejante al de “top model” en la forma ni en la función, ni la preparación es la misma, ni su permanencia en el tiempo es semejante, ni la opción estudiantil es equivalente; pero la generalización disyuntiva, más por la opción en el marco social, que por la diferencia inmanente, es el resultado de una prototipicidad muy concreta en el seno de la realidad social, reflejada en los espejos o “pantallas” de las *revistas del corazón* y de los programas televisivos de carácter *rosa*.

Por otra parte, el proceso experiencial de Pepe tendrá dos estadios y tres situaciones laborales. Primero, habrá de pasar del *paro* más absoluto al trabajo eventual de *mensaka* (“mensajero motorizado”); segundo, ejercerá como *presidente de una gran institución bancaria*.

En ambos casos, el reduccionismo situacional, fruto del muestreo y de la elevación literaria de lo particular a universal, consigue la estandarización.

Después, las acciones inmediatas y nucleares, las metas alcanzables serán: *comprar una casa, comprar un automóvil BMW, comprar una barbacoa y comprar una cama enorme*. Sin necesidad de análisis exquisitos, la claridad del mensaje resulta asombrosa. Mari Juli y Pepe saldrán de la nada estudiantil-laboral-profesional, llegarán a tener un puesto social de reconocido prestigio económico, y, como consecuencia, podrán comprar la casa y el coche afamado, con sus connotaciones de riqueza adheridas; comprar la barbacoa, con sus connotaciones de concentración y lucimiento de bienes; y comprar una cama “enorme”, con sus con-

notaciones sexuales, recortadas en el devenir del texto por obra y gracia de la responsabilidad cristiana impuesta por la Iglesia.

A la que el profesor Andrés Amorós llamaba “nueva cultura”³³, allá por los años 60, caracterizada por héroes y “monstruos sagrados” como Albert Schweitzer, John F. Kennedy, Albert Camus, Brigitte Bardot, James Bond, los Beatles, Belmondo, Napoleón Solo y Joan Baez, le ha seguido una “novísima cultura” con la *caída del muro de Berlín*, el hundimiento de la Unión Soviética, la desaforada estimación de la técnica, la sacralización del poder económico, la pérdida generalizada de valores y la trivialización. Los personajes públicos de esta cultura de finales de siglo son distintos y tienen nuevos nombres: Robert De Niro, Al Pacino, Clinton, Antonio Banderas, Lady Di, las Spice Girls..., a los que se pueden añadir otros nacionales del tipo: Julio Iglesias, Isabel Preysler, Felipe González, Mario Conde, Chiquito de la Calzada, la recobrada Corín Tellado... y productos tan específicos como los “culebrones” televisivos, los *reality shows* y los programas *rosas*, con proliferación de magos, brujas y adivinos mezclados indiscriminadamente con modelos, aristócratas, políticos, artistas y vividores del *dolce fare niente*, que, eso sí, coinciden en la *musculación* y en el mimo exagerado que le dedican al cuerpo.

En algunos aspectos —bastantes— ha cambiado el panorama. El caldo existencialista y enjundioso, el de la agónica transcendencia, se ha visto sustituido por el agua-chirle espectacular de las galaxias, las naves espaciales y los monstruos prehistóricos; en el otro extremo, las insubstanciales y cómi-

³³Cfr. Amorós, A. (1968): *Sociología de una novela rosa*, Taurus, Madrid.

cas representaciones, con ingenio picante y gracejo pueblerino, han revertido en la acción desafortada, la vulgaridad y el sexo brutalmente instrumentalizado.

No se trata aquí de hacer comparación ni valoración sociológica, sino más bien de constatar el cambio, en sus rasgos sensitivos generales, e integrar en su escenario las informaciones periodísticas.

En el caso de “Mari Juli y Pepe”, el texto comunicativo instaura el modelo vital en el marco de la fotonovela tradicional, induciendo a la empatía del público lector. Anulado el juicio crítico, sólo rompe el encantamiento de la ficción y aleja del edulcorado *happy end* la mordaz acusación del autor sobre la frustración sexual y la manipulación eclesial, los dos mensajes axiales que motivan la intencionalidad del texto.

Las distancias entre el texto de ficción y el texto histórico se acortan en las manifestaciones efímeras de los medios de comunicación, al comportarse como documentos históricos cuya realidad es sometida a enunciados estructurados y dispuestos con recursos propios de la ficción.

El entramado de los procesos onomasiológicos utiliza muy a menudo instrumentos retóricos para afirmar la eficacia del mensaje. Entre ellos, la ironía y la puesta en ridículo: exposición a burla y menosprecio con razón o sin ella. Este tipo de mecanismo es uno de los que utiliza con gran precisión y maestría el articulista anteriormente citado. Así, en el mismo artículo se pueden leer ejemplos de esta índole hasta la saciedad: [*La Conferencia Episcopal Española, que son obispos cosas así*]; [*la naturaleza muy dale-que-te-pego de los jóvenes de hoy*]; [*aprovechar la visita del Papa a Cáceres, cuando vaya, para ponerlos a cantar con cristiana y*

juvenil alegría mi amiga Catalina que vive en las montañas, du-duá, du-duá]; [*y luego practicar una sexualidad mesurada, responsable y cristiana que tampoco precisará preservativo, pues siempre lo haréis pensando en la procreación, y nunca por torpes y bajos instintos; como inequívocamente recomienda Su Santidad Juan Pablo II. Que para eso es infalible por dogma, y de jóvenes y de sexualidad sabe un huevo.* (Sic)].

El tratamiento caricaturesco de personajes, situaciones y estamentos responde a una concepción ficcional consciente. El constructo derivado de la creatividad retórica queda subsumido en el fingimiento más amplio del texto, fruto éste de una *pulsión* o propensión creadora de la información.

Otro tipo de manifestaciones informativas cargadas de creatividad son las noticias seriadas, aquellas que conforman un estado de opinión a través del enquistamiento temático en un lapso temporal considerable. Casos muy significativos pueden ser la mitificación *mediática* de la princesa Diana de Gales, la desmitificación moral del presidente Clinton a través del caso Lewinsky —hoy desvelado hasta las minucias en las páginas de Internet—, y el controvertido caso Marey, con la sentencia acusatoria y posterior encarcelación de un exministro español.

El seguimiento de una misma noticia en distintos diarios de ideologías y tendencias diferentes permite una visión coherente, no forzosamente veraz, de los hechos salientes de la existencia.

A través de los titulares de las noticias seriadas se puede establecer un hilo conductor de la narración cada vez más denso y engrosado por nuevas aportaciones informativas. Así, *El Supremo decide condenar a 13 años a Barrionuevo y Vera por el caso “Marey”*

(El País, 23-7-98); *El Supremo condena a Barrionuevo y Vera por secuestro y malversación* (El Mundo, 23-7-98); *El PSOE proclama su convencimiento en la inocencia de José Barrionuevo y Rafael Vera* (El País, 24-7-98); *Clamor para que González asuma su responsabilidad por la condena* (El Mundo, 24-7-98); *González pide que la “cacería” abierta contra los socialistas se dirija sólo a él* (El País, 26-7-98); *González dice, entre risas, que asume su responsabilidad por el “caso Marey”* (El Mundo, 26-7-98); *Vera dice que recurrirá a Estrasburgo, donde ve una justicia más objetiva y menos politizada* (La Vanguardia, 30-7-98); *Barrionuevo acusa al Supremo de violar el Estado de derecho* (La Vanguardia, 31-7-98); *González llama “miserable” a Aznar y acusa al Supremo de ceder a sus presiones* (El Mundo, 1-8-98).

El perspectivismo en tercera persona de los distintos protagonistas sólo se ve roto excepcionalmente por la voz aislada y en primera persona del personaje objeto del secuestro: *Marey*: “*Se me ha hecho justicia a mí y a toda la sociedad española*” (El País, 30-7-98).

En muchas ocasiones, la creatividad de este tipo de textos, con tendencia natural a la objetividad, radica en el vigor y en la efectividad semántica de ciertas palabras que se van incorporando a las informaciones recurrentes. Más allá de la postura personal del lector, la mera existencia de la información, su radical pregnancia, se debe a la acción textual; una acción que gira en torno a saliencias³⁴ que funcionan como hitos referen-

³⁴Para los conceptos semánticos de *latencia*, *saliencia* y *pregnancia*, véase Pottier, B. (1993): *Semántica general*, Gredos, Madrid, págs. 59 y 68. Para un enfoque semifísico, véase: Thom, R. (1988): *Es-*

ales de primera categoría, sirvan como ejemplo enfático las palabras “*cacería*” y “*miserable*” dichas por el expresidente Felipe González. Estas expresiones, más que por su significación —paso necesario en un primer nivel decodificador—, interesan por lo que suponen como elección por parte de un usuario de la lengua, en este caso un periodista, intermediario selectivo y eficiente. Unidos a la referencialidad sustantiva, la metáfora y el adjetivo otorgan carácter al texto, funcionando como un golpe imprevisto y certero a la expectación del receptor.

La palabra puede ser objeto de compromiso; y esa palabra, “entregada” por un medio periodístico al receptor anónimo, también supone un compromiso que se hace patente en hitos simples, fácilmente reconocibles, creíbles y memorizables.

La ficción intelectual del orden, su proyección sobre la complejidad caótica de las cosas, se hace realidad en la información estable, ya sea eufórica o disfórica, mendaz o veraz, en la información que existe porque fija su existencia en el texto fingido; porque se constata como información al poderse reproducir su textualidad pregnante. Se trata de un proceso para nada ajeno a los comunicados orales de las culturas de épocas pretéritas, pero que hoy, en el seno de un magma

bozo de una semifísica, Gedisa, Barcelona, 1990, capítulo 1, págs. 17 y ss.- De forma inmediata y sintética, puede resultar clarificadoras las palabras de René Thom: “En effet, une prégnance a toujours des propriétés propagatives; en ce sens, elle n’est pas localisée dans l’espace, sauf dans les formes saillantes où elle s’investit. La prégnance non investie règne donc dans un ouvert. La forme saillante est un fermé, un “individu””, en “Structures cycliques en sémiotique. Complément à la thèse de Jean Petitot”, *Actes Sémiotiques-Documents*, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1983, p. 45.

saturado de informaciones, necesita de múltiples anclajes para su supervivencia.

Los atractores de la palabra y del texto proporcionan marcas de orden tan persistentes que pueden llegar a convertirse fácilmente en instrumentos retóricos de manipulación masiva. Las estructuras autoritarias, reforzadoras de lo sabido y lo trivial, sólo se pueden anular a medio plazo con la oposición de los procesos desestructurantes de los recursos semióticos alternativos.